



PUES YO, CASI ME VOY ÓAlfonso López Domínguez

Hermano Ángel:

No vayas a pensar que los estoy imitando, porque ellos no te tienen, nunca les escribiste, todo lo más te hablan por teléfono, y en esto encuentro una razón más para comprender por qué son tan pobres. Ya sé que marzo es el mes de los idus que alientan traiciones y también el mes de las YOCASI dimisiones, bien sea la del uno en el año 2000 o la del otro en el 2002, por lo que supongo que este paréntesis táctico mío te ha podido parecer algo extemporáneo, en este recién pasado octubre, siempre tan rojo, qué horror. La verdad es que no pudo ser. Lo primero, porque un sorpresivo análisis me dio con dos transaminasas un poco fuera de orden, y lo segundo es que los cuarteles de invierno son demasiados fríos, incluso en Ciudad Bonita.

Vaya lío en que me has metido. Ninguna fuerza en el mundo podría haberme hecho volver sobre mis pasos, excepto la lealtad de un amigo, excepto el impulso que surge en la unión de unas manos elevándose al azul del cielo, excepto el grito solitario y estentóreo de quien sufre como propia la herida asestada al hermano, excepto tu grito solidario, en brutal contraste con la tibia reacción de algún otro, a pesar de todo, también hermano, que anda un poco adormecido, quizás oliendo de lejos a pólvora, cual incansable serviola desde su particular acorazado Potemkin, pero nunca oliendo a trementina y a gerencias improbables, cautivas y deudoras de omertá al conocido y televisivo padrino local de corte siciliano.

Te rebelas contra la apatía de quienes reciben todo a cambio de nada. Parecen incluso felices de chapotear entre tanta ingratitud. Al cabo, nos deben hasta nuestros escritos. La situación es infinitamente peor de lo que describes, cuando de políticos y afines se trata. Lo que mayormente adorna las preclaras cabezas de estos supuestos izquierdistas a los que aludes, no es más que una mefítica mezcla de ociosa indiferencia y de necia expectativa, elementos que definen la reacción contra la que clamas, y que bien podrían adornar las paredes de los retretes del crucero AURORA, desde Southampton a Gibraltar.

Ellos no te tienen, ya sabes a quiénes me refiero. Quizá sea ésta la razón y no otra, de unos celos exasperados, de una envidia insana, de su escocido despecho, de su encono fratricida, de tanta intoxicación sobre tu persona. Qué torpes fueron dejándote ir. Déjalos, no los molestes, ahora están muy entretenidos homenajándose a sí mismos. Qué sabrán ellos de socialismo, de utopía, de enfermedades tropicales que horadan tu salud de por vida. Desde cuándo un gesto de generosidad solidaria se les vino a las sus mentes mercenarias, pendientes como están de la algarada oportunista, del menudeo diario a la hora del potaje, del nepotismo turbio y vicioso.

Luego me hablas de caballos. Sabido es que por las feraces campiñas de mi tierra jerezana pastan los mejores équidos que han sido y seguirán siendo germen y esencia del caballo andaluz, también llamado de pura raza española, o del cartujano, hermosísimo mestizo que orna las mejores cuadras del mundo. Por tanto, permíteme disentir, te ruego no ofendas a tan nobles seres comparándolos con algo así tan descastado como lo que describes, sin mencionar, en tu epístola. Coces dan otras bestias menos nobles, como el asno, al que seguramente te referías.

Por eso te escribo esta misiva, querido hermano Ángel, y a quien le resulte pesada esta prosa, que se tome un güisqui o un agua tónica, me “ses” igual. A quien se le antoje enigmática o rebuscada, que la aclare con los mismos ingredientes, más un taponcito de lejía si es el caso. Si alguno piensa que esta carta pudiera incomodar a alguien, o que despotrica sin sentido, pues que se lo dé, dándose por aludido. Esta carta va dirigida al hermano, en homenaje a las personas de alma generosa y espíritu libre, a quienes buscan la felicidad propia sin menoscabo del bien común, y a quienes viven y dejan vivir. Esta carta es igualmente agradecida para con quienes me han mostrado su apoyo, particulares e instituciones. Y sobre todo, gracias a José Miguel, Marta, Juanmi, José María, Ana Belén, y a cuantos integráis este magnífico proyecto en el que tantas ilusiones seguimos poniendo juntos. Menudo chasco se han llevado los expendedores de rumores, no se sabe a sueldo de quién. A estos últimos y a los demás, que esperen su turno y su prebenda. Pero que esperen sentados.

Seguiremos alimentando de óleo e incienso el candil de nuestra palabra y de nuestro esfuerzo, aunque sólo sea por defender desesperadamente el derecho a la libre expresión, a la comunicación plural y contradictoria, y para que a ellos no les sea fácil ni cómodo instalarse definitivamente en la mueca monocorde, abrupta e insulsa con que defienden sus propios términos, desabrido el aliento y pronta la descalificación a todo lo que no sea ellos mismos. Qué desagradable.

Aunque, como bien me dijiste en una ocasión, querido hermano, en Ciudad Bonita ocurren cosas que ni en Guinea se imaginan.